

Nostredad sudamerikana y decolonialidad psicotrópika: re- unión de la ciencia y lo sagrado

Verónica Inoue

Asociación Civil Comunitario Otorongo Wasi

Email: veroinoue@gmail.com

ORCID ID: 0009-0008-7864-6916

Juan Acevedo-Peinado

Asociación Civil Comunitario Otorongo Wasi

Email: jjapeinado@gmail.com

ORCID ID: 0009-0008-0206-7256

¿Juan, cómo te presentarías?

Estoy siendo Juan Acevedo Peinado, M'bya Guaraní y psicólogo clínico con unos 35 años de trabajo e investigación en psicotrópicos naturales sacramentales sudamericanos; miembro fundador de algunas de las instituciones más destacadas en el tema como Fundación Mesa Verde de Rosario, Fundación Runa Wasi y el Comunitario Otorongo Wasi, todas ellas de Argentina. También fui parte de la prestigiosa Fundación Desde América dirigida por Carlos Martínez Sarasola y Ana María Llamazares. Soy miembro del equipo interdisciplinario de investigación El Shincal de Quimivil, dependiente de la UNLP, de la cual soy alumno de antropología con especialidad en arqueología del NOA. Escritor, con libros editados por editoriales como EMECÉ y Penguin Random House. La última de mis obras está dedicada al reino fungi: "Hongos Sagrados: de la sabiduría ancestral a la ciencia de la microdosis". También formo parte del equipo de organizadores del Congreso Iberoamericano de Microdosis, y actualmente soy miembro del consejo consultivo de la FIPE. Si bien durante todos estos años me he mantenido al margen del ecosistema que rodea el tema de los psicotrópicos, el 2024 me encontré predispuesto para compartir el trabajo de todos estos años.

¿Cuál es ese trabajo?

Mi trabajo se encuentra centrado en la revalorización del papel de las comunidades originarias sudamericanas en estos temas, ante el avasallamiento neocolonialista al que muchos están acostumbrados; la importancia crucial del conocimiento y sabiduría que estos grupos tuvieron y tienen sobre estas cuestiones, así como el haber trabajado con maestros vegetalistas y etnias de diferentes partes de Abya Yala, es lo que me permitió generar una traducción para occidente por un lado, y para el otro lado del puente, y desde lo académico, acercar lo aprendido a las comunidades, para construir un marco conceptual y epistemológico útil para todos.

En tus reflexiones hablas de “Nostredad sudamericana”, ¿cómo la definís y qué la distingue de otros enfoques decoloniales?

La “Nostredad” es el antónimo radical del “Otro” impuesto por el colonialismo. No somos lo exótico que Occidente estudia, somos sujetos de conocimiento. Es un marco que integra:

- El cuerpo-territorio como fuente de saber.
- Los psicotrópicos sacramentales no como 'drogas', sino como medicinas de la memoria.
- La transdisciplina, donde lo sagrado y la ciencia son cómplices, no opuestos.

Este concepto nació trabajando con maestros vegetalistas, comunidades originarias y en instituciones como Otorongo Wasi, donde articulamos saberes que la academia fragmentó.

El concepto de Nostredad, hace una relectura de la identidad desde una perspectiva profundamente relacional y descentrada.

Una diferencia del individualismo moderno que gira en torno al “yo”, plantea una relectura radical de la identidad. La Nostredad propone que el sujeto no se constituye en la soledad, sino en la interacción, el vínculo y la co-pertenencia con la totalidad de lo existente, es un modelo ontológico diferente, y sobre todo desde una construcción no hegemónica.

La transformación del “yo” en el “nos” implica un tránsito profundo desde la unicidad individual hacia una conciencia plural e interconectada. Este proceso no significa la anulación del yo, sino ser más allá de los límites de la identidad separada, hacia una experiencia de expansión en la que el ser se reconoce como parte de un entramado relacional más vasto. En este movimiento, el yo deja de ser un centro exclusivo de experiencia para convertirse en un nodo sensible dentro de una red de subjetividades. La conciencia se abre a lo colectivo, a lo comunitario, y al misterio de lo compartido, dando paso a un “nos” que no uniforma, sino que abraza la diversidad como expresión de lo “Uno” en lo múltiple. Es una mutación ontológica donde el yo no desaparece, sino que se disuelve amorosamente en la resonancia del otro, despertando una ética de la interdependencia y una espiritualidad del encuentro.

Somos en tanto somos con otros; el “nosotros” no es una suma de individuos, sino una forma primaria del ser. En esta visión, el otro no es un límite ni una amenaza al yo, sino su condición de posibilidad. La Nostredad, por tanto, es una ontología del entretejido que nos sostiene y nos constituye más allá de las fronteras de ese yo disfrazado colonialmente de ego. Desde este enfoque, la conciencia no es un fenómeno privado, sino una corriente compartida, una resonancia plural donde el yo se despliega en el nosotros, y el ser se revela como comunión.

La Nostredad como expresión de “todos, todo, uno”, nos invita a trascender la fragmentación occidental y actual del sujeto moderno para abrazar una forma de existencia en la que la pluralidad y la unidad no se oponen, sino que se integran en una misma experiencia del ser.

“Todos” remite a la diversidad irreductible de cada ser, “todo” a la totalidad de lo existente, y “uno” a la conciencia profunda de que esa multiplicidad está intrínsecamente unida, conocimiento nacido hace miles de años y conservado hasta la actualidad por las comunidades originarias de todas partes del mundo. En este sentido, la Nostredad no es una masa homogénea, sino una unidad vibrante en la diferencia, un campo relacional donde cada parte contiene al todo y el todo se expresa en cada parte. Es la vivencia de ser con y en los otros, donde la individualidad no desaparece, sino que se potencia como expresión de una conciencia mayor, compartida, resonante y profundamente interdependiente.

Tu mirada y trabajo, ¿tienen una perspectiva decolonial? ¿Por qué?

Entiendo que el giro decolonial es imprescindible para establecer un nuevo tipo de diálogo que nos permita acceder a un conocimiento prístino al que no tuvimos acceso hasta la fecha, y que solo puede ser manifestado con un trabajo transdisciplinario, tarea que intento desplegar desde lo que denomino Psicología Antropológica de la Consciencia, disciplina a la que me aboco y he ayudado a desarrollar desde hace muchos años.

¿Cómo surge esta disciplina, y qué aporta al estudio de la consciencia?

Surge al entender que la consciencia es un fenómeno no local, universal, primario; y se manifiesta mediada por la cultura. En las comunidades con las que trabajo, el yagé o la wachuma no son 'alucinógenos', son libros vivos. La psicología occidental, en cambio, reduce lo sagrado a patologías y la antropología al terreno del folklore, del mito, lo que le permite continuar exacerbando al otro como extrañeza, priorizando la razón a la experiencia.

Mi aporte es metodológico: crear protocolos de investigación con —no sobre— las comunidades, usando herramientas como:

- Etnografías participativas a las que denominamos “recordar en acto”; una etnografía descentralizada, enfocada en compartir experiencias, vivencias, que nos permitan traer a la memoria activa el acervo que supimos adquirir durante miles de años y que, en solo 500 años, o incluso mucho menos, hemos olvidado; un olvido conveniente y construido por el neocolonialismo disfrazado de progreso o tecnología. Si te obligan a olvidar de dónde venís, nunca vas a poder tener una idea de hasta dónde vas a poder llegar.
- Microdosificación de entidades sacramentales en occidente como acto político de memoria contra el extractivismo farmacéutico y medio para

compartir con occidente el milenario conocimiento de lo que hoy denominamos como Medicina Tradicional, donde la ‘medicina’ necesita un trabajo coparticipativo, una acción, en la recuperación del equilibrio, la salud, el estar siendo bien del ‘buen vivir’ sudamericano, para salir del lugar del “paciente” que solo abre la boca para que placientemente y sin esfuerzo, las corporaciones farmacéuticas continúen gerenciando el consumismo de un sistema que perpetua la enfermedad.

¿Qué estrategias propones para sanar las heridas del colonialismo en estas prácticas?

Primero, contemplar que ese proceso de sanación no solo depende de nosotros, depende también de la totalidad de voces y miradas que componen la pluralidad y la biodiversidad. Sanar exige reconocer la herida en la cicatriz, sanar no es entonces borrar lo pasado y empezar de nuevo, como si aquí no hubiese pasado nada, es reconocer hacerse y hacer cargo a quien corresponda. Segundo, devolver la voz a los pueblos originarios en congresos y publicaciones. Basta de hablar en nombre de ellos o llenarse la boca con versiones edulcoradas, tamizadas y diluidas, cuando no tergiversadas o como suele ser lamentablemente común, sencillamente inventadas *ad hoc* acorde a la conveniencia del “neochamán” de turno. La apropiación cultural, el avasallamiento cultural y la usurpación cultural son un hecho que no podemos dejar de lado. Tercero, exigir que la industria psicodélica comparta beneficios con las comunidades y reconozca de una vez por todas el origen y pertenencia de las mismas. Y cuarto —el más urgente—, reconocer que el ‘hedor’ del que hablaba Rodolfo Kusch, es nuestra fuerza: es el olor a tierra mojada con sangre después de la masacre, convertido con los siglos en resistencia viva y presente, la marca indeleble de nuestra rancia presencia.

Muchos piensan que tus ideas y teorías son disruptivas, ¿qué puedes decir sobre eso?

De cara al surgimiento de un nuevo paradigma en ciencias humanas, siento que es tiempo de ser valientes y hacernos nuevas preguntas, incómodas, arriesgadas y utilizarlas como herramienta para avanzar en este tipo de cuestiones: ¿qué son realmente los psicotrópicos? ¿Qué es lo que verdaderamente develan? ¿Podemos seguir hablando de “enteógenos”? Si develan a un “dios”, ¿a cuál se refieren, a uno occidental o uno originario?

Ya es tiempo de ir más allá de la palabra “enteógenos”, término que se transforma en una muestra más de cómo occidente nos obliga a pensar en cosas que no nos pertenecen, y así terminar balbuceando ideas que carecen de verdadero sentido. Pretender que nos habite la deidad, es otra de las desmesuradas ideas sobre cómo se piensan estos temas no solo desde la academia, sino desde donde bajan las líneas aceptadas de las mismas, ya que las instituciones de altos estudios, sea donde

sean, más que formativas terminan siendo precisamente todo lo contrario, deformaciones de un conocimiento que se parece cada vez más en la actualidad a una flagrante ignorancia colegiada. Si pretendemos que la ciencia y lo sagrado tengan un tiempo de 're-unión', el camino será seguramente por alguna de las callejuelas laberínticas similares a las de nuestros pueblos sudamericanos en resistencia, las que nos llevarán a nuevas formas de pensar estos temas, sobre todo teniendo en cuenta la dupla de una realidad en consciencia.

En alguna otra entrevista mencionaste la frase "barajar y dar de nuevo", ¿a qué te refieres?

Llegó el tiempo de patear el tablero de lo establecido, barajar y dar de nuevo... solo que esta vez desde una perspectiva sudamericana, desde la periferia de la periferia, y mostrarle al centro del centro todo lo que tenemos para decir y aportar como palabra autorizada en el tema. Es tiempo de terminar con el estigma de "el OTRO" y abrazar finalmente la NOSTREDAD.

¿Qué piensas que perdió Occidente en estos temas?

Occidente se perdió en los vericuetos de la tecnología y dio la espalda a la vastedad de lo sagrado como acceso a un nuevo tipo de conocimiento; sencillamente abandonó la capacidad de asombro ante lo inconmensurable para abrazar el placer efímero del consumismo fagocitador y fagocitante.

¿Qué consideras que estamos necesitando en torno a estas cuestiones?

Siento que esa vastedad es lo que necesitamos volver a encarnar, a sentir, a investigar. Plantearnos un nuevo comienzo con un centro completamente diferente, ubicado en el corazón de Sudamérica (con k).

Para terminar, voy a parafrasear a Enrique Dussel; personalmente creo que los psicodélicos y la microdosificación junto al mundo de la Medicina Tradicional del reino Fungi será indio, negro, pobre y hediondo. Ese hedor tan particular de nuestra cultura sudamericana, el hedor de los orines, del miedo, de las heces, ese hedor de la transpiración de los trabajos forzados, de la conquista, de ese genocidio gigantesco del que no se habla, el hedor profundo de las sangres que todavía convive en nuestras fosas nasales... ¡o sencillamente NO SERÁ!

Precisamente desde ese *compost* imperecedero, del vientre mismo de la Santa Tierra Pachamama, el nuevo conocimiento tendrá origen y será definitivamente de y para TODOS.